



Alberto del Campo posa con el libro 'La vida cotidiana en tiempos de la Covid' en la biblioteca de la UPO // JUAN JOSÉ ÚBEDA

Alberto del Campo Tejedor

Doctor en Antropología Social de la Universidad Pablo de Olavide (UPO)

«La familia, que estaba de capa caída, ha retornado con el Covid; volvemos a vivir cerca de ella»

► Del Campo disecciona la huella que deja la pandemia en todos los ámbitos, desde el ocio a las relaciones sexuales

ANTONIO R. VEGA
SEVILLA

La pandemia ha trastocado por completo nuestra rutina. Algunos cambios son evidentes, como las mascarillas, la higiene o las videollamadas, pero hay otros más sutiles que pueden perdurar en las siguientes generaciones. Un grupo de profesores e investigadores universitarios ha analizado su impacto en el día a día. Alberto del Campo, doctor en Antropología Social de la Universidad Pablo de Olavide, ha recopilado estos estudios en dos volúmenes: 'La vida cotidiana en tiempos de la Covid' y 'Pensar la pandemia más allá de la sanidad y la economía'.
—El Covid ha digitalizado las relaciones sociales, laborales y de consumo. ¿Estos cambios van a quedarse?
—El Covid en muchos casos no trae fe-

nómenos nuevos sino que ha acelerado los que ya estaban ahí, como el teletrabajo. Es muy posible que permanezca más allá de la pandemia porque hay razones de peso. Había enormes desplazamientos en las ciudades con coches. Ahora que hemos descubierto el teletrabajo, muchas empresas están reformulando los contratos de sus empleados para que dos de los cinco días a la semana trabajen en casa. Pero la digitalización tiene también sus inconvenientes. Están apareciendo los primeros cuadros de estrés por teletrabajo porque no se separan los tiempos y las casas no están adaptadas. Tenemos que crear una legislación para que el teletrabajo sea lo más armónico posible. Y estar atentos para la que la sanidad y la educación no se hagan de forma digital. En la cultura mediterránea estamos mucho tiempo en la calle y la presencialidad en un nivel emotivo e íntimo es muy importante.
—¿Las reuniones masivas de personas bebiendo en la calle, los botellones, se han convertido en una válvula de escape tras las restricciones?
—Los adolescentes han sido los que peor lo han pasado, junto con los ma-

yores, en su caso porque tenían más riesgo de morir. Los jóvenes necesitan explorar relaciones con otros iguales y su privación la han llevado peor. Como si fuera un péndulo, ahora tienen necesidad de recuperar el tiempo perdido. Una de las cuestiones que no se hicieron bien en la pandemia fue la falta de espacios de evasión. Por eso,



Cambio de mentalidad

Nos hemos dado cuenta de que íbamos de aquí para allá como zombis y no disfrutábamos de las pequeñas cosas de la vida

Vulnerables a la enfermedad

Los médicos nos han comentado que la gente ha vuelto a aceptar la muerte. Estábamos un poco subditos

la gente sale ahora con más ganas. Es una válvula de escape.

—¿Viviremos otros locos años veinte, como ocurrió entre 1920 y 1929 tras la guerra mundial y la gripe?

—Hemos vivido una etapa de restricciones, pero quizás las estamos sobredimensionando. No quiero minimizar su impacto, pero si la ponemos en perspectiva la tragedia de la pandemia no está al nivel de otras catástrofes.

—¿La familia se ha revalorizado?

—La familia ha sido una de las grandes beneficiadas de la pandemia. En un contexto de privación de libertades, el vivir bajo un mismo techo ha mostrado sus virtudes. Los solteros lo han pasado muy mal. La familia, que estaba muy de capa caída y parecía una institución anticuada, ha retornado con fuerza. No se trata necesariamente de la familia clásica o nuclear, sino de la formada por varias generaciones. Ya se está viendo. Frente a la neolocalidad, es decir, fundar el hogar en un sitio nuevo alejado de los padres, volvemos a vivir cerca de la familia.

—En la pandemia hicieron furor las aplicaciones de contactos. ¿Los efectos que deja se notan hasta en la forma de vivir la sexualidad?

—El miedo a la soledad y a la incertidumbre ha llevado a relaciones más estables. Esto lo vemos en las personas que han descubierto el sexo a través de internet. Estas aplicaciones no se han usado solo para un encuentro puramente sexual, un aquí te pillo y aquí te mato, sino para conocer a gente.

—¿La soledad ha hecho que algunos piensen en sentar la cabeza?

—La gente puede no casarse pero se está recuperando el *slow sex*, al igual que el *slow food*, hacerse la comida en casa. Nos hemos dado cuenta de que estábamos corriendo de aquí para allá como zombis y no disfrutábamos de las pequeñas cosas de la vida. Hay gente que pasa más tiempo en una relación sexual con más calidad.

—Algunas personas han desarrollado miedo a salir de casa y a juntarse con mucha gente. ¿Eso puede afectar a las fiestas y procesiones?

—Es difícil de vaticinar porque estamos en plena pandemia. Hay personas que están vacunadas y han desarrollado agorafobia o hipocondría. En cuanto a los espacios públicos hay cierta prudencia, pero la gente tiene muchísima gana de salir. Los pueblos están recurriendo a conmemoraciones y buscando un pretexto para sacar las imágenes a la calle y estar juntos. Nuestras ferias y procesiones, las cosas que nos caracterizan, van a seguir igual.

—¿Hemos normalizado la muerte?

—Quizás sea uno de los pocos aspectos positivos. A los jóvenes no se les hablaba de la muerte, sólo de la felicidad. Nos hemos dado cuenta de que la muerte forma parte de nosotros, que los hospitales no son solo un sitio donde se va a curar alguien, sino donde también se va a morir. Estábamos un poco subditos. Nos han comentado muchos médicos que la gente ha vuelto a aceptar la muerte. Había muchas denuncias por negligencia porque no se aceptaba. Hemos caído en que somos vulnerables.